

en su frente é inmediacion al capitan D. Pedro Antoneli y le di la orden de que si descendian de su posesion, los atacase decididamente, y yo me dirigí con los dragones de San Carlos á la parte del Rincon, en la qual se hallaba el capitan D. Pablo Vicente de Sola, el que, habiendo observado desde su puesto, la direccion de los enemigos, creyó mas propio de su honor y deseo, el salirles al encuentro, antes de esperarlos en su situacion, y en su union estaba la compañía de granaderos del batallon ligero de México, y el comandante de artillería, capitan D. Josef Carrera que, con dos piezas de á caballo, le mandé viniese conmigo; pues trataba, con la fuerza mas movable, obrar por mí con la actividad posible para que, despues de destruidos en aquel punto tan principal, acudir, segun las necesidades, o reforzar los demás puestos, concibiendo ser éste el unico medio de poder rechazar el fuerte ataque que emprendian por todos mis puestos. En hora y media ví cumplidos mis deseos en aquel punto, pues viendo que, los enemigos del Rincon, ocupaban otra elevacion intermedia entre el cerro del Panquato y las lomas de Santa María, con dos piezas, para correr su línea desde el sur, aparenté un ataque falso á los del plano de la hacienda y la loma; en el interin que mandé al comandante de dragones de San Carlos D. Miguel de Michelena, con su escuadron, y al capitan de patriotas D. Manuel de Arce, con la compañía de su cuerpo, quedándome con parte de esta caballería para lo que pudiese ocurrir, como en efecto sucedió, pues viendo los enemigos que atacaba la caballería decididamente el centro de su línea, en una posicion tan áspera é inaccesible, aún á la vista, mi ayudante D. Alexandro de Arana, que mandé atacase con la caballería, me avisó, de órden de aquel comandante, que los enemigos, con un número considerable, reforzaban por su derecha; mandé al expresado teniente Arana que, con la caballería que habia quedado, avanzase por el centro y derecha de los de San Carlos, para cortar y mantener en su posicion á los del plano de la hacienda, los que, observando este rápido movimiento, retrocedieron á su línea á ser frios expectadores de la carga, que al escape, daban los dragones de San Carlos y los patriotas de Valladolid, que fué subiendo el cerro y haciendo un fuego vivísimo, con lo que los desalojaron del puesto, tomándoles dos cañones y las municiones que allí tenian, volviéndose á replegar conmigo, en cuyo tiempo me vinieron avisos muy

repetidos, del capitan Robledo, para que lo socorriese con parte de mi corta fuerza, por hallarse atacado con mucho vigor, en el puesto de Santa Catalina. Mandé á mi ayudante D. Alexandro de Arana con la mitad de mi fuerza de caballería, é igualmente al sereno y bizarro voluntario D. Juan Manuel Zornosa, que hacia de ayudante del capitan Robledo, desde los dias anteriores.

“En todo este tiempo no cesaban los enemigos de hacerme fuego con ocho piezas y de aumentarse considerablemente su número. Conocié era indispensable apelar á uno de los recursos del valor y la fortuna de la guerra, atacarlos decididamente y despues socorrer los puntos de mi línea. Así fué, pues exhortando á 44 granaderos que mandaba al teniente Noriega, y á cosa de 50 infantes que tenia el capitan Sola, con los 50 caballos que me quedaban de dragones de San Carlos y patriotas; sirviéndome con mucha bizarría y actividad de ayudante y soldado el capellan del batallon Ligero de México, D. Ramon Echeveste, dirigí mi ataque por la derecha parapetando con una cerca á los granaderos: por el centro los fusileros del batallon con el capitan Sola, á cuya cabeza iba yo, llevando á mi izquierda la caballería y dejando al sereno y bizarro capitan de artillería, D. Josef Carrera, bien situado en el centro de la infantería con dos piezas, con las que hizo para sostenerme un acertado y vivísimo fuego, en el interin que yo, sin dejar de marchar, lo hacia sobre los enemigos y me disponia á pelear á la bayoneta si tenian firmeza; pero viendo los enemigos mi resolucion y mucho fuego, abandonaron los cañones del plan; y el valiente oficial Noriega, con los granaderos, siguió el ataque por la derecha pasando un rio y persiguiendo á los enemigos que habia situados en el pequeño plano de la loma con tres cañones, los que fueron tomados en el interin que yo por la de la izquierda trepaba con la caballería persiguiendo á los enemigos, los que por huir y encubrirse en las quebradas y barrancas abandonaban sus caballos y armas. En esta carga, el valor y deseo de todos fué igual, pues ninguno queria ser el último en llegar, y se encontró en ella tambien el valiente capitan de patriotas D. Manuel Arce.

“El resultado fué desalojar del puesto á los enemigos, quedar en mi poder ocho cañones, un estandarte de N. S. de Guadalupe, y bastantes caballos y armas con tres prisioneros que, queriéndolos matar los soldados á mi lado, les concedí la vida y la libertad, por

habérmelo suplicado de rodillas, previniéndoles dijeran á los innumerosos satélites de la revolucion, que así obraban las tropas reales, y que si volvian á reincidir, esos mas tendria que matar.

“En este tiempo me avisó el capitán Robledo con Zornosa, del mal estado en que se encontraba, y de no tener un cañon montado con que hacer fuego, diciéndome que sin mi pronta ida y presencia en el punto, iria perdido todo; por lo que me ví en la necesidad de clavar y despeñar los cañones cogidos á los enemigos, dar orden á Carrera que, con las dos piezas, los granaderos y la caballería, volase en derechura desde el puesto en que se encontraba, á socorrer á Robledo, y yo me dirigí al punto del Zapote para recoger otras dos piezas y la infantería que tenia el capitán D. Pedro Antoneli, y reforzar con mayor fuerza y vigor, los puntos de Santa María y Chicáguaro. Lo acaecido en el dicho punto de Santa Catalina, en el interín mi separacion, lo dice el parte de su comandante, que incluyo con el número 2.

A mi llegada al Zapote, me encontré con una porcion de gente de todos sexos y clases, con la noticia de que los enemigos estaban dentro de la ciudad: la mucha gente y la vista de algunos soldados dispersos, parecia confirmarlo; con todo, los reanimé; mandé al capitán Antoneli con dos piezas y su infantería, me siguiese, y propagué la victoria que acababa de conseguir, para darles mayor vigor, diciendo á todos se preparase para pelear en las calles de la ciudad y sepultarnos en sus ruinas antes de ser vencidos, y rompiendo la marcha al escape, me reuní con Carrera y la demás tropa, en los Arcos de San Pedro y entrada de la calle real, en cuyo punto, el ayudante del mayor de órdenes, D. Tomás Carmona, teniente de lanceros, me traia un recado del mayor, capitán D. Cándido Lexarazu, que si no volaba á socorrer los dos puntos de Santa Catalina y Chicáguaro, era todo perdido. A este oficial, que tenia honor y valor, y á algunos otros, dí la orden que á cuchilladas, detuviesen á todos los que huian, y mi ayudante de campo, el teniente Arana, que habia salido á mi encuentro, hizo lo mismo. A mi entrada en la ciudad me sorprendió mas el conflicto general de todas las gentes, que abandonaban sus hogares, creyéndose perdidos, y el interés que manifestaban por el éxito de las armas reales, unido á esto, la variedad de eclesiásticos, ancianos, mugeres y niños que gritaban, me consternó sobre manara, y tuve un auxilio

especial del cielo, para gritarles á todos que se tranquilizasen que, unido á la valentía de las tropas que me seguian, que no cesaban de gritar ¡viva el Rey! y anunciar la victoria, tranquilizó los ánimos en cierto modo y, siguiendo mi rápida marcha, me dirigí á Santa Catalina, dividiendo en la plaza un trozo de caballería que socorriese á Chicáguaro, y con el resto llegué á aquel punto, cuya vista me sorprendió, pues encontré al capitán Robledo y al valiente cura D. Bernardino Pini, que estaban desesperados sin tener quien les obedeciese, por lo arredrada que estaba la tropa, y la cabeza del puente, por la parte del llano, cubierta de cadáveres, con toda la artillería desmontada y apelando á restablecer el orden, en todos, á cuchilladas y exhortaciones, y diciéndoles que no habian de ser menos valientes que los demás; salimos decididamente sobre los enemigos al llano. Dí tambien la orden á mis ayudantes, al sargento mayor Gallegos y á todos los que veia con serenidad, matasen al soldado que no se formase ó volviese la cara. Los enemigos se aprovecharon de la premura en que me encontraba, y como tenian cuatro piezas muy bien servidas y cosa de dos mil hombres en muy buena formacion, me dieron una carga y, haciendo fuego á metralla, me hicieron replegar á la cabeza del puente; pero repitiendo mis esfuerzos para el orden y serenidad, formé mis líneas, y con un cañon que llegó con el capitán del real cuerpo de artillería, D. Josef Carrera, rompió el fuego y, á los primeros tiros del enemigo, me quebraron una rueda de este cañon, único de los cuatro que habia quedado, pues con la rapidez de la marcha, se inutilizaron los demás. El capitán Carrera reparó con actividad esta falta y, no callando sus fuegos, á paso muy lento, avancé sobre los enemigos, los que, con mucha serenidad y union, se retiraron, con paso atras, durando esto como cosa de una hora y sin dejar de hacerme fuego de fusilería y de artillería. Pude recobrar en esta carga, un cañon de los nuestros que tenian en su poder, y otro suyo, al pié de la loma, sobre cuya altura se mantuvo su reserva con algunas piezas, las que no dexaron de hacerme fuego; pero viendo todos la serenidad de la tropa, el orden y formacion que observaba y las disposiciones que tomaba para atacarlos, emprendieron su retirada con bastante precipitacion, á cosa de las seis de la tarde. Subió una partida de dragones de San Carlos sobre la loma, para amenazarles mas y cerciorarse de su retirada; trajo dos prisioneros, y retiré mi

línea al puesto de Santa Catalina. Los capitanes Mora y Cosío, destinados en la garita de Chicáquaro, hicieron prodigios de valor, pues, cargados por una fuerza numerosa, salieron de su puesto, á pesar de un vivo fuego de cuatro piezas, y atacaron á los enemigos con vigor, tomándoles la artillería; pero aquellos, con nuevo refuerzo, volvieron á cargar, y nuestros soldados se vieron en la necesidad de abandonar la victoria y los cañones, reconcentrándose en su puesto, en cuya carga llegaron los rebeldes hasta el mismo puente, en donde á metralla, les hicieron un vivo fuego y les cargaron con intrepidez, hasta volverles á tomar los cañones y echarlos del puesto. En la primera salida á la retirada, fué cuando murió el honrado capitán D. Izquierdo, pues cayendo su caballo, sus dragones, que habian perdido la serenidad y venian dispersos, no pudieron socorrerlo, y he tenido la desgracia de perder este bizarro oficial. Faltaria á la justicia, si no recomendase á V. E. al capitán D. Lorenzo Cosío que, á pesar de estar herido en una pierna de bala de cañon, continuó en la accion y, hasta el dia siguiente que le hice retirar á curarse, no dexó su puesto. El teniente de granaderos del batallon ligero de México, D. Hilarío Diaz, estando herido de bala de cañon en la espalda y braza izquierdo, en el que, sin ofenderle el hueso, le sacó la carne del mollero del brazo, se mantuvo en su puesto. El sargento del real cuerpo de Marina, Manuel Garcia con el soldado del mismo Joaquin Mediavilla, dieron el mejor ejemplo de valor y firmeza entre los soldados del batallon ligero y fixo de México, conservando su valor y serenidad todos con los patriotas de artillería que estaban en aquel punto, siendo el primero en todo el referido, el capitán D. Santiago Mora.

“En la garita de Santiago al Norte, mandaba el teniente del fixo de México D. Josef Barreyro, teniendo á sus órdenes un cañon servido por los patriotas y treinta y tres soldados: se mantuvo con mucha serenidad en medio de un fuego de tres piezas que lo dominaba y cruzaba, y solo contestó á los enemigos con cinco cañonazos quando los tuvo bien inmediatos, por lo que los aprovechó todos. A este oficial le llegaron, en medio de su ataque, una porción de noticias funestas y que abandonase el puesto, pues estaban los enemigos dentro de la ciudad; pero él contestó volviendo su tropa frente del pueblo: Nosotros moriremos aquí haciendo nuestro deber y cumpliendo con la obligacion de valientes soldados.”

“Recomiendo á la superioridad de V. E. á este benemérito oficial, y así mismo al alferez de lanceros D. Domingo Pacheco, cuyo valor á mi vista, en la hacienda del Rincon y en la garita de Chicáquaro, que le tocó ir de refuerzo, y en cuantas ocasiones se le presentaron, no solo acreditó gran valor, siendo el primer soldado que atacaba siempre, sino manifestando sus deseo y conocimientos y exhortando con los mismos, sin omitir decir á V. E. que este oficial quiso matar á un hijo suyo, que sirve de lancero, creyendo habia faltado de su puesto. Para no molestar mas la ocupada atencion de V. E., diré en compendio, que el capitán D. Pedro Antoneli manifestó mucha serenidad, y que su casaca la sacó con dos ó tres agujeros de metralla; que D. Josef Manuel Zarnosa, es acreedor á que se le devuelva el empleo que obtenia de teniente de dragones de Pátzquaro, por tener valor y conocimientos; y que el teniente D. Juan Manuel Noriega, tambien merece recompensa por la bizarría que en esta y las demas acciones ha demostrado. El capitán Robledo ha dado nuevas pruebas de su valor y serenidad, y el capitán de patriotas D. Bernardino Pini, ha sido soldado, capellan y comandante, todo á un tiempo, pues tiene valor decidido. El capitán del regimiento provincial de Toluca D. Pablo Vicente de Sola, ha acreditado su mucho honor y valor. Mis ayudantes el teniente de dragones de Pátzquaro D. Juan Manuel Ceballos, ha servido con actividad y valor; y el de igual clase del batallon ligero de México D. Alexandro de Arana, ha manifestado en esta funcion, sus conocimientos, valor é indecible actividad, incluyéndose entre los que han servido con mucha importancia y desempeñando ha mi satisfaccion su empleo; mi mayor de órdenes el capitán del regimiento de infantería provincial de Toluca D. Cándido Lexarazu, con su ayudante el teniente D. Tomás Carmona. Tambien el sargento mayor D. Manuel Gallegos, dió muy buen ejemplo en el ataque que di á los enemigos en el llano de Santa Catalina, que son acreedores en general, al reconocimiento de la patria, todos los patriotas de caballería y artillería con sus capitanes Arze y Concha; pero en singular el patriota D. Domingo Marañon que, estando á mi vista en toda la funcion, fué herido de consideracion de metralla en el brazo izquierdo, sin querer retirarse de mi lado hasta que finalizó la accion. El capitán de dragones de San Carlos D. Valentin Soberon, estando en cama, se presentó en el llano de Santa Catalina,

para tener parte en la funcion, recomendando á V. E. al capitan D. Miguel de Michelena, comandante del escuadron de San Carlos, que es sugeto de gran serenidad.

“El subteniente del regimiento provincial de infantería de Puebla D. Ramon Perez, se ha conducido con valor, y con particularidad en el puesto de Santa Catalina, en cuyo paraje fué uno de los que mas avanzó. D. Angel Velez y D. Josef María Torres, estuvieron constantemente á mi lado en toda la accion, y desempeñaron á mi satisfaccion, cuantas comisiones les di con órdenes y avisos para varios puntos. El comandante de artillería, capitan D. Josef Carrera y todos los individuos de su arma, obraron en todos los puntos con la mayor actividad y conocimiento, segun siempre acostumbran los que sirven en este real cuerpo. El teniente coronel de artillería D. Juan Diaz, á pesar de su gravísima enfermedad, se me presentó, y lo destiné á la garita de Santa Catalina, para que sirviese con sus acreditados conocimientos. Los soldados del piquete de Valladolid, en todos los puntos á que fueron destinados, se distinguieron dando exemplo de valor y buena conducta.

“Tengo la mayor satisfaccion de poner en noticia de V. E. que, en todas las clases de que se compone la poblacion de esta ciudad, se observó el mayor interés por la felecidad de las armas del rey nuestro señor. Los señores sacerdotes ayudaron en cuanto les fué posible. Los RR. PP. de Nuestra Señora del Carmen, se destinaron voluntariamente á las garitas y puestos, y los PP. de San Juan de Dios, exercieron su ministerio, conduciendo los heridos con la mayor eficacia y caridad.

“Por los adjuntos estados, números 3 y 4, se informará V. E. de los muertos y heridos que he tenido en este dia glorioso para la nacion y para las armas del Rey, pues 700 hombres de tropas bisoñas han sabido pelear siete horas, contra 12,000 enemigos y 40 cañones, y se han honrado como se manifiesta. Entre los muertos está el sargento de patriotas de artillería D. Manuel Machado, cuyos servicios desde el principio de la presente guerra, le hacen acreedor á que V. E. mire con la caridad que acostumbra, á dos hijos que ha dejado huérfanos de muy corta edad, y si mi mérito valiese para V. E. alguna cosa, pido decididamente por éstos y por la viudda y huérfanos de los que han muerto, como por los heridos.

“El resultado de esta accion ha sido estar en nuestro poder 22

cañones de todos calibres, algunos muy buenos y entre ellos, uno de la construccion mas monstruosa que se ha visto: su boca tiene una tercia de diámetro, y su longitud es de tres y tercia varas. Se han tomado bastantes municiones, armas y caballos, y no dudo que la pérdida del enemigo, no ha bajado de 500 entre muertos y heridos. Han tenido gran cuidado de retirarlos, pues con su abundancia de gente, todo lo facilitan.

“Dios guarde á V. E. muchos años.—Valladolid, 20 de Agosto de 1811.—Exmo. Sr.—*Torquato Truxillo*.—Exmo. Sr. Virey D. Francisco Xavier Venegas.”

OBSERVACIONES.

La retirada del general Rayon al pueblo de Tiripitto, tuvo por objeto reorganizar sus tropas que habian sido desconcertadas por el mal éxito en el ataque emprendido contra Valladolid. Incansable el jefe independiente en sus operaciones militares, tan luego como llegó á aquella poblacion, dispuso fraccionar sus fuerzas y establecer varias comandancias en algunos de los pueblos de aquella provincia, porque de esta manera podia con mas facilidad moverlas, observar mejor al enemigo y proveerlas de lo mas urgente.

Las disposiciones tomadas por el virey con el objeto de perseguir á los independientes que merodeaban próximos á esta capital, para dejar expedito el camino para Toluca, dieron por resultado el que la revolucion tomase un gran incremento, porque habiendo puesto Venegas al frente de las fuerzas que levantó, hombres enteramente perdidos, fueron mucho mayores los males que causaron, cometiendo excesos de todo género y que la pluma se resiste á describirlos. Uno de los que mas se distinguieron por su excesiva crueldad, fué el capitán del regimiento de Tres Villas, D. Juan Bautista de la Torre, que no solo no se conformaba con pasar por las armas á los que aprehendia, sino que mandaba incendiar las poblaciones donde entraba, permitiéndoles á sus soldados toda clase de desórdenes. La conducta de este guerrillero, atrajo, como era natural, un gran odio al partido realista, á la vez que aumentó extraordinariamente las filas de los independientes, aumentándose con los que huían por temor á la Torre. No fué ciertamente la humanidad la que mas distinguió á los jefes realistas; la mayor parte de ellos fueron sumamente crueles. Excesos se cometian por unos y otros, pero mucho mas dignos de censura eran los de los realistas, que llamándose ejército de orden y de moralidad, pasaban por las armas á multitud de infelices sin previa formacion de causa, como lo hacia el brigadier Calleja; se mandaban incendiar pueblos enteros, como lo hacia el capitán Torre, sin tomar en con-

sideracion que en ellos habia familias inocentes, ancianos y niños, dejándolos sin pan y sin abrigo y obligándolos á habitar como las fieras, entre los bosques, lo que jamás hizo el caudillo de Dolores; los atentados cometidos por el feroz cura Alvarez y por tantos otros que seria muy largo enumerar.

El ataque intentado por el jefe independiente Muñiz á la plaza de Valladolid, fué una de aquellas operaciones que no es fácil apreciar con toda exactitud despues de que ha trascurrido un largo tiempo. La posicion en que se encontraban los defensores de aquella plaza era bien triste, no contando con un número de fuerzas capaz de resistir el empuje de los independientes, que lograron penetrar en la ciudad. El motivo de haberse estos retirado, perdiendo su importante triunfo, lo atribuyen algunos historiadores á ciertas rivalidades de los jefes asaltantes, no queriendo ayudarse los unos á los otros y negándose el parque. No he encontrado datos suficientes que comprueben esto.

En el próximo capítulo daré á conocer el final de las operaciones de la Torre y su muerte.